

Exposición que los accionistas del Banco de España domiciliados en Palma de Mallorca dirigen a las Cortes, contra el Proyecto de Ley de 22 de Enero de 1902

Palma de Mallorca : F. Soler Prats, 1902

Signatura: D-21355

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

EXPOSICIÓN

QUE LOS

Accionistas del Banco de España

DOMICILIADOS EN PALMA DE MALLORCA

DIRIGEN Á LAS CORTES

contra el Proyecto de Ley de 22 de Enero de 1902

D-21355



PALMA DE MALLORCA

—♦—

IMP. Y PAPELERIA DE F. SOLER PRATS

1902



BANCODE ESPAÑA

Eurosistema

BIBLIOTECA



1 100008 393964

D-21353

D 21355

EXPOSICIÓN

EXPOSICIÓN

QUE LOS

Accionistas del Banco de España

DOMICILIADOS EN PALMA DE MALLORCA

DIRIGEN A LAS CORTES

contra el Proyecto de Ley de 22 de Enero de 1902



PALMA DE MALLORCA



IMP. Y PAPELERIA DE F. SOLER PRATS

1902

Á LAS CORTES:

Los infrascritos, vecinos de Palma de Mallorca y Accionistas del Banco de España, acudimos respetuosamente á los Cuerpos Colegisladores en súplica de que denieguen su aprobación al Proyecto de Ley fecha 22 de Enero último, cuyo objeto es restringir la circulación de los billetes del Banco, y reformar la organización del Establecimiento.

En apoyo de nuestra petición habremos de exponer con toda la concisión posible varias y poderosas razones.

Lo primero que hemos de examinar es el derecho que pueda tener el Estado á trastornar la organización del Banco y á negarle ó disminuirle, sin su consentimiento, los derechos de que actualmente disfruta.

Acerca de este punto se nos ocurre que, como el Banco de España posee el derecho de

emitir billetes al portador, dentro de ciertos límites, en virtud de varias leyes vigentes y de un contrato bilateral celebrado libre y solemnemente entre el Estado y el Banco, no puede el Estado sin cometer un verdadero despojo, contrario á las más elementales nociones de la Moral y del Derecho, arrebatarse al Banco el todo ó parte de sus atribuciones; máxime no habiendo dejado este de cumplir por su parte las obligaciones que contrajo.

Y no vale objetar que los derechos del Banco arrancan de una Ley la cual puede lícitamente ser derogada ó reformada. Semejante doctrina solo es sostenible dentro de un Estado regido despóticamente; pues en todo país civilizado, cuando el Estado contrata, obrando como entidad jurídica, queda, lo mismo que un particular, obligado á cumplir religiosamente lo prometido, sin que esto signifique una pérdida de *Soberanía*, sino por el contrario la afirmación de ella sobre lo que haya sido objeto del contrato.

He aquí lo que acerca de esto dijo un ilustre (1) Hacendista español en 1891 dirigiéndose

(1) El Sr. Cos-Gayón—Sesión del 2 de Junio de 1891.

al Congreso desde el banco del Gobierno: «No
 »bastaría que se hiciera una ley posterior para
 »derogar la que nosotros estamos haciendo aho-
 »ra; porque nosotros, sin atropellar el derecho,
 »no podemos derogar la Ley de Tesorerías, ni
 »nosotros podemos derogar la ley de arriendo
 »del monopolio del tabaco; porque esas leyes,
 »además de ser leyes, son pactos. Cuando se
 »hacen leyes de esta clase, el Estado no sola-
 »mente legisla, sino que además contrata.» Y
 nosotros añadimos ¡Pues qué! ¿El hecho de ser
 objeto de una Ley el arriendo ó cesión de de-
 terminados monopolios ó servicios, Ley cuyo
 fin principal es autorizar al Poder ejecutivo
 para que celebre el contrato correspondiente,
 basta para que el Estado pueda á su antojo
 mediante otra Ley pisotear los derechos de la
 entidad con que contrató? ¿Habrá de ser de
 peor condición un Establecimiento que además
 de contratar está amparado por una Ley, que
 un contratista de carreteras v. g. cuyos dere-
 chos y deberes se consignan en una simple
 escritura?

Y téngase en cuenta que el Banco de España
 está amparado no solo por sus leyes orgánicas
 sino también por un contrato escrito. Tal es el

Convenio hecho por duplicado y á un solo efecto en Madrid el 2 de Agosto de 1899 suscrito por don Raimundo F. Villaverde en nombre del Estado y por el Sr. Conde de Torreanáz en representación del Banco de España; convenio que de ser aprobado el Proyecto en cuestión quedará reducido á la condición de un papel sin valor alguno.

Con ser todo esto tan evidente no faltará quien para acallar escrúpulos y producir efecto, invoque el bien público, esa *salus populi*, tupido y anchuroso velo con que el Estado ha pretendido encubrir muchas y muy grandes iniquidades. Pero precisamente nuestra protesta, que por proceder de accionistas del Banco puede parecer interesada, se basa principalmente en que negamos á las disposiciones del proyecto en cuestión la más mínima eficacia para remediar los males de la Nación, y sostenemos por el contrario que si aquel llega á convertirse en Ley esos males se agravarán considerablemente.

* * *

La ineficacia de las medidas ideadas por el Sr. Ministro de Hacienda con el fin de reme-

diar la depreciación de nuestra moneda y la elevación de los cambios sobre el extranjero, aparece con toda claridad para los que habiendo asistido al proceso de esa dolencia nacional, lean las siguientes palabras de la Exposición que precede al proyecto:

«El exceso de los billetes en circulación sobre su garantía metálica ha llegado á ser muy grande, explicándose por este hecho y por la acuñación también excesiva de plata la depreciación de nuestra unidad monetaria y el desnivel de los cambios con el extranjero; por lo cual es preciso cambiar por completo de política y acometer directamente la empresa de reducir á límites prudentes la circulación fiduciaria».

Ahora permítasenos preguntar: ¿Es lícito al Sr. Ministro de Hacienda que por haberse afiliado á una de las innumerables escuelas que han surgido para explicar y resolver la cuestión de los cambios, escuela ni más ni menos respetable que las que le son adversas, dé por indiscutibles y probadas sus opiniones, y le sirvan de base para proponer reformas tan injustas, trascendentales y peligrosas?

Conste por el pronto que nosotros, y con nosotros muchísimas personas ilustradas, ne-

gamos rotundamente que haya relación de causa á efecto entre la circulación fiduciaria y la subida de los cambios sobre el extranjero.

Entre los mil razonamientos con que se ha demostrado y se puede demostrar que no existe semejante relación, damos la preferencia á la exposición breve y sencilla de varios hechos económicos que todos hemos presenciado.

Por efecto tal vez de la idiosincracia nacional, de nuestro estado de atraso ó de nuestras discordias políticas, España contempló imposible el inmenso movimiento industrial y mercantil que se despertó en las naciones más adelantadas de Europa á raíz de los grandes descubrimientos del siglo xix. Por eso á partir de la ley de Ferro-carriles de 1856, que fué un reclamo al capital extranjero, se encargó este de la construcción y explotación de las líneas férreas. Después los tranvías, las minas, la metalurgia, las fábricas de Gas, los hoteles, los seguros, la Banca y otros muchos negocios continuaron atrayendo á España dinero y personal exótico y fué la Nación objeto de una conquista pacífica por parte de esos extranjeros que, si bien nos dotaron de mejo-

ras y nos enseñaron el camino del progreso, nos sometieron en castigo de nuestra inferioridad á un duro é irredimible vasallaje.

Y como si esto no hubiese sido bastante para constituirnos en tal situación, vinieron á agravarla los apuros de la Hacienda pública, que en la azarosa época siguiente á la Revolución de 1868 pidió insistentemente auxilio á los capitalistas extranjeros, dando esto origen al enorme crecimiento de la Deuda exterior y á que España figure también por tal concepto en la lista de las *Naciones deudoras*.

Las consecuencias que esos hechos produjeron saltan á la vista. Semejante España á un propietario que hubiese recibido un préstamo cuantioso para invertirlo en mejorar sus fincas, se vió bien pronto obligada á pagar grandes anualidades por intereses y amortización de los varios miles de millones á que ascendía el capital extranjero invertido en la Nación; con la circunstancia de que nos resultó usurario el tipo de interés por haber venido la mayor parte de esos capitales en material de Ferrocarriles libre de derechos, por la diferencia entre el tipo de emisión y el de amortización de las obligaciones, y por lo ruinoso de los

préstamos que nuestra desacreditada Hacienda recibió de la Banca extranjera.

Todavía hubimos de soportar otras dos graves contrariedades. La primera fué el advenimiento al poder de los libre-cambistas que con un tesón digno de mejor causa abrieron mediante la Ley arancelaria de 1869 las puertas de España á la produccion extranjera retardando así el progreso de nuestra incipiente Industria, y consiguiendo que al crecido tributo anual á que nos tenía sujeto el capital extranjero, se uniese el desnivel de la Balanza mercantil. La otra contrariedad fué la depreciación del valor internacional ó mercantil de la plata.

Y ¿á qué seguir? ¿No explican estos hechos, tan exactos como notorios, la necesidad en que se vió España durante muchos años de saldar con moneda de oro, única que admitían nuestros acreedores, el déficit de la Balanza económica y de la Balanza mercantil? ¿Hay algo en este triste proceso que no sea natural y sencillo y que no conduzca por sus pasos contados á la elevación de los cambios? Claro es que mientras hubo oro que exportar los cambios se mantuvieron á la par ó cerca de ella; pero cuando empezó á escasear y sobre todo cuando faltó

completamente, hubieron de elevarse; y entonces, privado el país de su oro, hubo de aceptar y aún de exigir el billete de Banco como una necesidad imperiosa de su vida económica.

Esta es *mutatis mutandis* la misma historia de Portugal, de Grecia, de Italia, de la República Argentina, del Brasil, de Méjico, de todos los países en fin que han resultado *deudores* por haber aceptado préstamos considerables de las naciones ricas, y ¡caso raro! ninguno de aquellos países culpa de tal estado á sus Bancos Nacionales ni á las exajeradas emisiones de billetes; todos saben que solo podrán redimirse trabajando y progresando; solo España, engañada por insidiosas sugeriones ultrapirináicas se revuelve contra el Banco semejante á un marido que ante las contrariedades de la vida se desahogára maltratando á su infeliz consorte.

Lo más triste es que ciertos Economistas, entre los cuales se cuenta el Sr. Ministro de Hacienda, empeñados en que todos los hechos económicos están sujetos á reglas tan invariables como las que rigen el mundo físico, y prescindiendo del caracter antropológico de la Ciencia Económica el cual dá origen á los más imprevistos fenómenos, cierran muchas veces

los ojos ante la evidencia, y para explicar por ejemplo como el oro que antaño poseía España ha emigrado al Extranjero, citan siempre la ley de Gresham, tan falsa y *pasada de moda* como otras que reproducen aún los Epítomes de Economía Política. *La moneda mala expulsa á la buena*, dicen; *luego la excesiva plata acuñada y los billetes emitidos también excesivamente han arrojado de España al oro*. No es exacto. Aparte de que el principio de Gresham se refería á las adulteraciones de la moneda cometidas por los Gobiernos mismos, ¿qué ley es esa que se cumple v. g. en España, Italia, Portugal y Grecia, y no en Francia, Bélgica, Suiza y los Estados Unidos?

Parécenos por otra parte que el Sr. Ministro opina, con el famoso Mr. Leroy-Beaulieu, ⁽¹⁾

(1) Véase el donoso razonamiento de que se vale este economista, para atribuir la subida de los cambios al aumento de la circulación de billetes: *Conforme ha ido aumentando la circulación, han subido los cambios; luego lo uno es causa de lo otro*. Pues bien; aparte de que ese argumento, que tanta fortuna ha hecho en España, no pasa de ser un despreciable sofisma, porque muchas cosas ocurren simultánea ó sucesivamente sin que haya entre ellas relación alguna, resulta además inexacto el hecho que le sirve de fundamento. Podríamos citar bastantes casos en que ha sucedido lo contrario de lo que afirma Mr. Leroy-Beaulieu; pero bástanos recordar que desde Abril de 1892 á Marzo de 1893 aumentó la circulación en 103 millones, y sin embargo: durante ese mismo lapso de tiempo bajó el cambio desde 17'25 á 7'25.

que el motivo de la elevación de los cambios no es otro que el aumento ó *inflación* de la cifra total de billetes circulantes; pues si en el Preámbulo del proyecto manifiesta la necesidad de mejorar la garantía del billete reduciendo la circulación fiduciaria *propiamente dicha*, en el articulado dispone que la cifra total de la circulación baje 900 millones sea cual fuere la garantía. Contra ese pernicioso error, que tanto contribuye á retardar el progreso económico de España distrayendo á la opinión y á los gobernantes de la verdadera ruta, solo diremos que cuando en las Bolsas se discute el precio de los Francos y de las Libras esterlinas, se atiende á las Letras que en esas monedas se ofrecen ó se demandan, y nadie, que sepamos, saca á colación el aumento ó la disminución que hayan tenido los billetes en curso.

* * *

Viendo como vemos tan desacertado al señor Ministro de Hacienda al determinar las causas de la elevación de los cambios, no ha de sorprendernos que los remedios por él propuestos resulten también desacertados y hasta contra-

producentes; pues para combatir con fruto un mal cualquiera parece indispensable conocer su origen.

Con efecto: nos será facilísimo demostrar que el simple aumento de las garantías metálicas del billete ó la disminución de los billetes *al descubierto* (que viene á ser lo mismo) no puede producir el efecto de abaratar el precio de las letras libradas sobre el extranjero.

Nótese que cuando se atribuye la elevación del cambio á la depreciación internacional del billete, se confunde lastimosamente *la moneda* con lo que es *signo* de ella ó la representa; porque si el billete del Banco de España no es hoy otra cosa que un *signo de moneda de plata ó promesa de pago en plata*, y una letra sobre el extranjero cuesta lo mismo pagada en plata de cuño español que en billetes, es evidente que la depreciación recae originariamente sobre la plata que es *la cosa significada*, y solo por reflexión afecta al billete que es el *signo*.

Despréndese de esto que, aunque la suma total de los billetes en circulación estuviese garantida por otra suma igual de plata acuñada, no por eso aumentaría en un ápice la estimación internacional del billete: pues todo el

mundo sabe que el valor mercantil de la plata es inferior en un 55 por ciento á su valor legal.

¡Ah! podrá responder el Ministro ¡Es que yo intento también obligar al Banco á que aumente sus reservas de oro! Pues bien: le objetaremos: mientras el oro no pueda servir para el reembolso de los billetes y mientras no circule libremente ¿Como ha de influir sobre los cambios? ¿Es quizás que la vista del agua contenida en una botella basta á un sediento para aplacar la sed?

Recuérdese en prueba de esto que, antes de la última reforma monetaria de Rusia, el *rublo-crédito* llegó á estar perfectamente garantido por el oro que amontonó en sus cajas el Banco del Imperio; y sin embargo: como ese billete *no era cambiabile por oro*, conservó una depreciación que fué ratificada por el Gobierno Ruso de un modo definitivo ordenando en 1897 que por cada 150 *rublos-papel* pagase el Banco 100 *rublos-oro*. El billete del Banco de Bélgica, por el contrario, circula á la par del oro á pesar de que sus garantías metálicas, oro y plata, apenas llegan al 20 por ciento.

Créanos el Sr. Ministro de Hacienda; créa-

nos la Comisión; créannos las Cortes; no se paga el Comercio de espejismos ni existe esa pretendida irradiación ó influencia del oro encerrado en el Banco. Todo el metal amarillo del mundo, guardado en los sótanos del Banco de España, no será bastante poderoso para conseguir que sus billetes circulen á la par del oro mientras se sepa que no han de ser cambiados por moneda de ese metal.

Ahora bien: si los proyectos del Sr. Ministro se extienden como parece á conseguir que baje la cifra total de los billetes circulantes en 900 millones ú otra cantidad parecida, veamos qué efecto produciría esta medida sobre el cambio internacional. Cuando el numerario circulante en un país disminuye considerablemente, se presentan por regla general dos fenómenos: la carestía del interés y la baja general de los precios; pero cuando ese país tiene su *moneda depreciada* y grandes deudas á favor del extranjero, solo se verifica la subida del interés, y no la baratura de las mercancías, porque los precios de estas resultarán influidos por la concurrencia que á los consumidores nacionales harán los extranjeros ayudados por el cambio; y así ha de suceder forzosamente:

porque si en caso tal bajasen los precios de las mercancías, crecería el poder de adquisición de la *moneda depreciada*, ó de su *signo*, mejorando los cambios; y resultaría el absurdo de que aquella podría convertirse en *moneda sana* con solo disminuir su *cantidad*, ó sin mejorar su *calidad*. De modo que el único efecto de la contracción monetaria proyectada será la subida del interés, en perjuicio de la producción nacional que necesita precisamente todo lo contrario.

En vista de esto, ¿no sería más conveniente y razonable que en vez de lanzarse el Sr. Ministro á hacer experiencias peligrosas se dedicase con todos sus compañeros del Gobierno á fomentar la riqueza y la producción del país para que, como mil veces se ha pedido, aumenten las exportaciones ó mengüen las importaciones? ¿quién duda de que así bajarán seguramente los cambios sin daño ni peligro para nadie?

* *
*

Demostrado que el Estado carece de derecho para imponer al Banco de España la restricción

del curso de sus billetes y otras vejaciones contenidas en el proyecto; demostrado asimismo que el Sr. Ministro se ha equivocado atribuyendo los males que quiere remediar á hechos que no son su causa, y probado por fin que las medidas en proyecto carecen completamente de eficacia para curar, ni aun siquiera para aliviar esos males, restanos indicar lo que dichas medidas tienen de peligrosas y de notoriamente perjudiciales.

Por el pronto resulta muy extraño, y hasta molesto para nuestro patriotismo, que el señor Ministro trate de reorganizar al Banco de España copiando servilmente una Ley Inglesa trasnochada y extravagante, dictada para una nación y una época muy diferentes de las nuestras, con miras completamente distintas de las que se persiguen en España; ley que aunque conservada en vigor por el respeto que guardan los Ingleses á sus tradiciones, no les satisface, ha sido abrogada temporalmente en varias ocasiones y contiene en fin, el defecto de dar demasiada importancia á la Cartera de valores del Estado, con más la división del Banco en dos departamentos; precaución que ningún Banco del mundo ha copiado porque sin

ella han podido todos ser perfectamente fiscalizados y presentar con claridad la relación entre los billetes circulantes y sus garantías.

Examinado el proyecto en lo que hace relación á los intereses públicos, aparte de sus muchas imprevisiones y errores de detalle que no hemos de detenernos á señalar, notamos en él los cuatro gravísimos inconvenientes que pasamos á exponer:

Primero. Obligar á al Banco á elevar considerablemente el interés y á disminuir su cartera mercantil con el consiguiente perjuicio para todas las clases productoras que viven y trabajan á la sombra del crédito.

Para demostrar que ese efecto se producirá indefectiblemente, haremos el siguiente raciocinio: cada vez que el Estado recoja del Banco una cantidad en títulos de la Deuda flotante de Ultramar, se verá el Banco obligado, según el artículo 3.º del Proyecto, á retirar de la circulación y *cancelar* otra cantidad igual en billetes, lo cual no ofrecerá gran dificultad si el todo ó la mayor parte del pago que la Hacienda haga al Banco consiste en billetes. Pero como esto es imposible por la resistencia que, según hemos visto en todos los Empréstitos



oponen las especies monetarias circulantes á disminuir é inmovilizarse, resultará que una gran parte de la suma recogida por el Estado y entregada al Banco consistirá en cheques ó talones de cuentas corrientes. Y en este caso ¿á qué medios habrá de recurrir el Establecimiento para recoger billetes? ¿Ordenará á los Cajeros que retengan todos los billetes que ingresen y hagan los pagos en plata? Imposible: aparte de la gran perturbación y de las protestas á que esto daría motivo, la salida de plata, al disminuir las reservas, obligará al Banco también por este otro concepto á la recogida de más billetes, y se verá el Establecimiento en un grave conflicto cuya única solución será el aumento del interés para que la reducción de la Cartera traiga á sus Cajas los billetes que de otro modo no podrá recoger.

Segundo. La recogida de una suma de billetes igual y aun inferior al importe de la Deuda flotante de Ultramar, al disminuir en otro tanto el numerario circulante en España, hará imposible la vida económica de la Nación: pues si bien con notoria ligereza se ha dicho que circulan en España demasiados billetes y demasiada plata, nadie hasta ahora ha demostrado la ver-

dad de semejante aserto, y existen por el contrario razones poderosas para considerarlo inexacto de todo punto.

Por lo que respecta á la plata, las *excesivas acuñaciones* de que se lamenta el Sr. Ministro, se han limitado, como es notorio, á las cantidades necesarias para asegurar el reembolso de los billetes y librar al país de la calamidad del curso forzoso. En todo caso, reducida á unos 800 millones de pesetas, según han calculado distinguidos economistas, la cantidad total de plata acuñada existente hoy en España, y rebajada de esa suma la de 440 millones que guarda el Banco en sus Cajas, quedan como masa circulante 360 millones, cantidad que á nadie puede parecer excesiva, aun cuando las funciones de la plata llegaran á limitarse dentro del sistema monetario oro á las de simple moneda auxiliar, solo admisible en los pequeños pagos.

En cuanto á los billetes, habremos de convenir en que, extraído de España (sea cual fuere la causa) todó el oro que poseían los particulares, el papel ha venido á sustituirlo no solamente en sus funciones de moneda circulante, sino también en los tesoros ó escondrijos á que

tan aficionados son los moradores de muchas regiones españolas. Ahora bien: teniendo en cuenta los datos que nos facilitan Soetbeer, Carga-Argüelles, Borrego, Surrá y Rull, Fariña, Orti y Brull y otros escritores, y la estadística de las acuñaciones verificadas por la Casa de la Moneda desde 1824 hasta la fecha, se puede asegurar sin el temor de incurrir en exageración, que el oro exportado ó perdido para la circulación monetaria de España, contando el que guarda el Banco, pasa de 1.600 millones de pesetas ó sea tanto como lo que importan los billetes. Si á esto se agrega que la elevación de los cambios y la consiguiente carestía de todos los artículos exigirá ahora una mayor cantidad de moneda para transacciones iguales á los que se verificaban hace 30 años, y considerando por último que en este lapso de tiempo la población, la riqueza y el movimiento mercantil de España ha aumentado considerablemente ¿con qué fundamento se asegura que es excesiva la cantidad de billetes circulantes? ¿Y porqué ha de serlo tratándose de una nación de 19 millones de habitantes que no disponen de otra clase de moneda ó documentos auxiliares, ni conocen las Cámaras de compensación?

Esa resistencia que los billetes oponen á reingresar en el Banco, demostrada por la pequeñez de las cantidades que se han presentado para interesarse en los Empréstitos, deben convencernos de que no existe la *inflation* ó abuso de que nos hablan ciertos economistas extranjeros que, fingiéndose cariñosos consejeros de los españoles, quisieran desligar á la Hacienda del Banco para que, lanzada nuevamente en el camino de los Empréstitos de Exterior, resucitaran aquellas *Ollas de Egipto* que con tanta fruición recuerda la Banca extranjera; aquellos magníficos negocios fundados en los apuros de nuestro Tesoro y cuyas consecuencias pesan aún sobre España como losa de plomo.

Y sobre todo: la circulación monetaria cuyas funciones en la economía social son semejantes á las de la sangre en un organismo animal ó á las de la savia en un organismo vegetal, no es nunca por largo tiempo mayor ni menor que la necesaria. El organismo social sabe restablecer el equilibrio automáticamente, y no será prudente administrarle una *sangría*, aunque se trate de sangre empobrecida, si el médico no cuenta con elementos para reemplazarla con sangre nueva.

Tercero. El efecto inmediato de toda rarefacción ó contracción de las especies monetarias es la subida del interés ó en otros términos; el alza del precio del dinero. Por consiguiente: con independencia de los aumentos de interés que el Banco se verá obligado á acordar para recoger violentamente sus billetes, como efecto indeclinable de esa recogida irá elevándose el tipo del descuento y bajando la cotización de los valores públicos; baja esta última que será además influída por la excesiva oferta de títulos nacida de los empréstitos que se verifiquen para pagar al Banco. Y he aquí como, obligada la Hacienda á ofrecer títulos bajo condiciones cada vez más onerosas, la leve carga que soporta hoy por intereses de los consabidos 900 millones, se convertirá en gravámen insupportable que desequilibrará los presupuestos ó impondrá nuevos y grandes sacrificios á los contribuyentes.

Cuarto. Si en todos los países prósperos se concede á los Bancos cierta libertad para emitir billetes *al descubierto* ó sin garantía metálica, esto es de absoluta necesidad en España porque se carece de otra moneda mejor y porque sus elementos productores necesitan

dinero barato para competir con la producción extranjera y cooperar á la reconquista económica de la Nación. Y vemos que, siendo como son tan estrechos los moldes del Banco de Inglaterra por lo que respecta á este punto, todavía el Sr. Ministro de Hacienda se propone encerrar al Banco de España en límites mucho más estrechos, reduciendo á 150 millones de pesetas la cifra máxima de los billetes al descubierto. Bien exiguos habrán de ser por tanto los auxilios que el Banco podrá prestar en lo sucesivo á la producción y á la Hacienda pública que, si hoy pretende arrogantemente *quemar sus naves*, las necesitará y deseará angustiosamente reconstruirlas en el momento menos pensado.

* *

Examinado el proyecto con relación al Banco, se nos ofrece no solo como un ataque al derecho, según hemos probado al principio, sino también como un acto de desconsideración y de hostilidad hacia un establecimiento digno del respeto y hasta de la gratitud del Estado atendidos los inmensos servicios que ha pres-

tado á la Nación y las cuantiosas sumas que ha ahorrado á los contribuyentes; parécenos también que el Banco está bien organizado y administrado; que si así no fuera no hubiese ascendido desde la modesta categoria que ocupaba en 1874 al honroso lugar que hoy ocupa entre los grandes Bancos de Europa; que precisamente lo acertado de su organización y lo honrado de su administración le han granjeado su gran crédito, y que es por consiguiente atrevida la empresa de reformarlo *ab irato*.

Mas bien creemos que para alcanzar los fines á que tiende el Proyecto, debe reformarse á sí misma la Administración pública aplicando todas sus fuerzas al desarrollo de la producción nacional, suprimiendo además todo gasto superfluo, é invirtiendo de un modo acertado y prudente las rentas del Estado.

Creemos en fin que no debe ser convertido el Banco en *anima vili* de estudios ó experimentos económico-políticos, ni ser colocado en la picota para que la muchedumbre indocta, enemiga de todo lo que representa poder y riqueza, lo discuta y escarnezca, achacándole y achacándonos el pecado de obtener ganancias excesivas cuando las acciones del Banco están cam-

biando constantemente de dueños y producen al que las adquiere un rédito bien modesto; y cuando, aunque así no fuera, ni nuestros intereses son contrarios á los intereses públicos, ni menos dignos de respeto que los de cualquiera otra agrupación de ciudadanos.

Palma de Mallorca 8 de Febrero de 1902.

(Siguen las firmas).



